



Laura Domínguez Llera
Prof. Titular de Farmacología, Dedicación Total, Facultad de Química, Udelar. Investigador del SNI ANII y PEDECIBA. La Formación de RR.HH. y dirección de Tesis de Grado y Posgrado, publicaciones en revistas indexadas de alto impacto, han sido entre otros, algunas contribuciones al ámbito científico académico. Ingreso al régimen jubilatorio (2021), continuando como Prof. Libre Honorario (hasta 2023). Desde entonces, he iniciado esta fascinante nueva etapa. Explorar, estudiar y dejar fluir esta veta literaria que deseo compartir cual viaje incierto de disfrute, con quienes quiero y me acompañan. Así, como con quienes también apuestan, a la búsqueda permanente y descubrimiento interior de nuevas puertas por abrir que nos tornen más libres.

Ciro Manta Inthamoussu
Es el segundo nieto (noviembre 2017) de cuatro soles (en poco cinco), que tiene muchos intereses que explora y disfruta como, ciencias, libros, artes plásticas, cocina, surf, entre otros. Compartimos este primer proyecto con enorme alegría.

Laura Domínguez

Ilustrador Ciro Manta

Aventuras en la Quinta



Nota

Estos episodios como otros, con algunas adaptaciones forman parte de los “Cuentos de la quinta” que mis cuatro soles me piden con entusiasmo inagotable, después de haberles leído más de un libro.

ISBN: 978-9915-9716-1-2

Primera edición – setiembre de 2024

Título: **AVENTURAS EN LA QUINTA**

Autor: Laura Domínguez

Ilustrador: Ciro Manta

Queda hecho el depósito que ordena la ley

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, de fotocopiado o cualquier otro, sin autorización de los titulares de los derechos de autor.

*Solo con el corazón se puede ver bien,
lo esencial es invisible a los ojos*

Antoine de Saint-Exupéry

Para mis soles Arqui, Ciro, Fausto, Emi, (muy pronto Sol, la quinta nieta), e hijos (Leo, Gamy, Gasty) quienes escucharon y disfrutaron cuentos de la quinta

Para Eduardo

índice

El secreto	9
El primer ordeñe.....	19
Un mal día	31

El secreto

Dale Ruperto, saltá como te enseñé... dale... "gritaba Ciro mientras atosigaba al pobre sapo que capturó en la chacra de sus tíos abuelos y que había colocado en una caja de cartón con cama de tierra, pasto, algunas hojas para abrigo y un recipiente multipropósito con agua, pretendiendo tener confortable a su nueva "mascota".



—Los sapos no son animales domésticos, cielo, le dije suavemente, y tenerlo fuera de su hábitat, en soledad, sin posibilidad de cazar insectos con su larga lengua, así como chapotear con los suyos, es haber perdido su libertad. Estar cautivo lo hace muy infeliz.

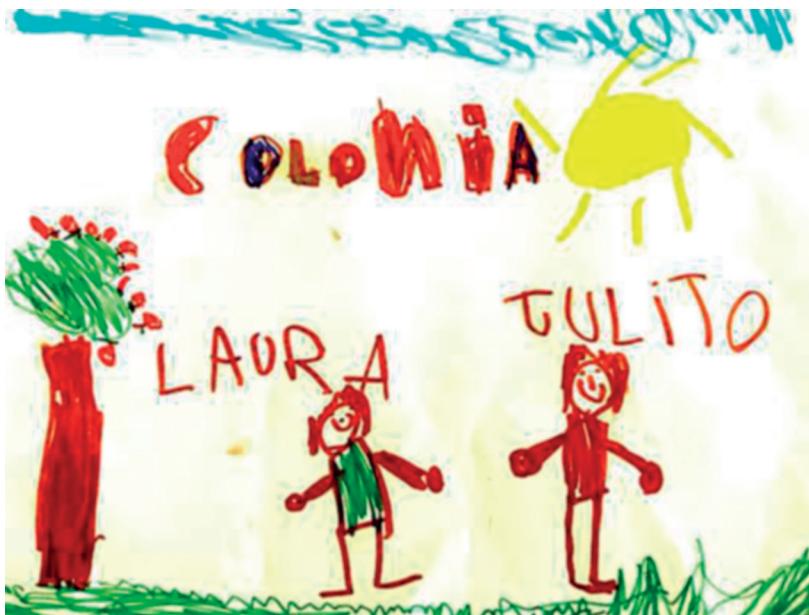
—Pero abu, vos me contaste del sapo Felipe, el de la quinta de tu tío donde de chica pasabas vacaciones...

La quinta de Colonia de mi tío Tono era un clásico que ocupó parte de mi infancia, donde pasábamos con mi abuela, primos y tíos, gran parte de las vacaciones de verano. Mi padre se quedaba en Montevideo a trabajar y mi madre regresaba con él después de habernos instalado a mis hermanas y a mí, la menor de la tribu para mi desgracia...

Siempre atrás de los grandes, tratando de imitarlos y recibiendo irremediablemente el consabido “sos muy chica, no fastidies, no podés hacer estas cosas, andate...”

La frustración y el enojo mezclados detonaron mi imaginación y la construcción de un mundo fabuloso, secreto, solo mío, a partir de muchos personajes que me acompañaron y regalaron aventuras y disfrute, donde lo real y lo imaginario se fundían inocentemente compartidos solo con mi amigo de ruta y vecino: Julito. Él vivía con su abuelo Bañasco, un granjero amante del campo que trabajaba con ahínco, y criaba con respeto y afecto sus animales. Fuimos ayudantes y aprendices de este gran maestro de vida, que nos enseñó mucho

más que las tareas que nos fueran asignadas a mi amigo y a mí.



—Es diferente, Ciro. ¿Alguna vez recordás que te haya contado que cacé y encerré al sapo que con Julito llamamos Felipe? ¿Te acordás dónde vivía él y su familia?

—Sí, claro, en el aljibe.

—Cuando cargaban y sacaban algún balde de agua, Felipe aprovechaba el viaje para, con sus dos hijos y esposa, subir y salir al campo a cazar insectos.

A su regreso Julito y yo los esperábamos



para conversarles y ofrecerles el “viaje de vuelta” a su hogar (suponíamos una cueva a mitad de camino del aljibe, donde el agua no llegaba), bajando el balde al que mis amigos saltaban. Parecían confiar en estos dos humanoides que los trataban con dulzura, conocían sus horarios, los esperaban y protegían en sus salidas, y de vez en cuando les conseguían alguna fruta que aprendieron a disfrutar.

—¿Y no los agarrabas, abu? ¿Solo un poquito para mimarlos?

—No, y ya te expliqué las razones... ¿te acordás?



—Mmm, sí, porque el olor que les dejamos es diferente al de ellos y... no me acuerdo qué más.

—Y es motivo de rechazo por parte de otros sapos, y hasta la razón de ser atacados por otros animales.

Revivo la vez que mis amigos fueron descubiertos, cuando una tía sacó agua del aljibe y al descolgar el balde se escuchó un grito histérico ... “¡qué ascooo!”. Lo soltó asustada y en su caída libre se escuchaba el golpeteo del balde contra las paredes hasta alcanzar el fondo del pozo. El silencio fue roto por un “Nooo”, que grité con desesperación corriendo e inclinándome en el aljibe. “¡Felipe!”, lo llamaba mientras intentaba subir el balde.



—Pero ¿qué hacés? —me reprendieron los tíos, sujetándome y ayudándome con el balde. Lo que vi me entristeció mucho, aunque Felipe no estaba entre los cuerpos inertes...

—¿Vieron qué asco? —repitió mi tía. Bué, al menos ya no saltarán más.

Fue tal mi enojo que decidí no compartir mi secreto, y con mucho cuidado recogí a los tres amigos y los enterré cerca, con esperanza de reencontrarme con Felipe y mostrarle dónde estaba su familia.



—¿Te acordás, Ciro, cuando la tía descubrió el secreto de mis amigos del aljibe?

—Sí, jaja, pero vos volviste a sacar el balde y allí venía Felipe con su nueva familia, y los llevaste a una cuevita que encontraste cerca.

—Tal cual, ahora tenía mi secreto a salvo
junto a mis amigos agradecidos

El primer ordeño

El cacareo de Pinto, el gallo negro de más edad de la chacra de Bañasco, anticipaba el amanecer. Era tal su tamaño y ferocidad, que disponía de una amplia jaula alambrada, separada y enfrentada a la del resto: su harén de gallinas, los pollos y los gallos adultos.

Era una producción pequeña de huevos y pollos, que abastecía a los pueblerinos que venían a caballo a levantar sus pedidos, y que con Julito ayudábamos a preparar según las indicaciones del abuelo.



Una mañana, procurando no hacer ruido —algo casi imposible— con mis vaqueros, alpargatas y sombrero en mano, me disponía a

salir. El crujir de los tablones de caoba, algunos medios flojos, se hacían sentir con cada paso que daba.

—Shhh..., pero ¿qué estás haciendo, gurisa, tan temprano? Es noche ¿no te das cuenta?

... vaya enseguida a su cama que va a despertar a todo el mundo, ¡caramba! —dijo la abuela, amenazante con alpargata en mano. No se le escapaba nada, como si tuviera sensores especiales, jeje...

Armándome de coraje le contesté.

—Abuelita, no lo habrás escuchado, pero el Pinto ya cacareó y yo quedé con Julito...

—Qué diablos me importa..., ese gallo está cada vez más loco. Desde que Bañasco lo compró cuando ya no lo querían para riña, ha tratado de domesticarlo. Y viste, gurisa, cuánto quiere y entiende de bichos. Pero con éste... no hay caso. Hasta cuando lo saca de la jaula para llevarlo con las gallinas, ¿sabés cómo tiene que hacer?

—Mmm, no...

—Lo enlaza del cuello como a potro salvaje, y ciudadito, que solo se deja con Bañasco, y aun así, algún picotazo siempre le tira. Decí que es muy buen semental, porque si no...

—Muy buen ¿qué?

—Es como... como decir muy buen padre gallo... llamale. Cuando va a la jaula de las gallinas, a todas les gusta ver la danza que les dedica antes de la monta, necesaria para que de los huevos que empollen nazcan pollitos. Pero después... a su jaula, para que las gallinas empollen tranquilas.

Puf, con tanta charla... mirá, ya se hizo día.

—Entonces abuelita, ¿me puedo ir? Tenemos trabajo que hacer con Julito. Recoger los huevos de los nidos, darles de comer a las gallinas, pollos y gallos... y también al Pinto.

—Pero esperá, gurisa, que te preparo desayuno.

—No, no, gracias. Hoy vamos a aprender a ordeñar, iy el primer tazón es para nosotros!

—Bué, está bien, andá.

No terminó de decirlo, cuando ya estaba vestida y corriendo a la chacra donde Julito me esperaba ansioso.

—Puf, apuremos al corral si queremos llegar al ordeñe.

—¿Y las gallinas?



—A la vuelta..., a lo mejor hasta les traemos
¡leche tibia!

—Sí, claro, buenazo.

Corríamos hacia el corral y le comenté: —
Sabías que el Pinto ¿es un semestral?

—¿Un qué?

—Recórcholis, no sabés nada, che...

—Bué, sabionda, largá.

—Que les baila a las gallinas antes de mon-
tarlas para que sean mamás.

—Jua juá juá...

—¿De qué te reís?, guaso.

— Le voy a poner *La morocha* al Pinto para que baile más contento entonces...

—Andá, puf, mirá que sos burro...

En el establo ya estaba el peón ordeñando.

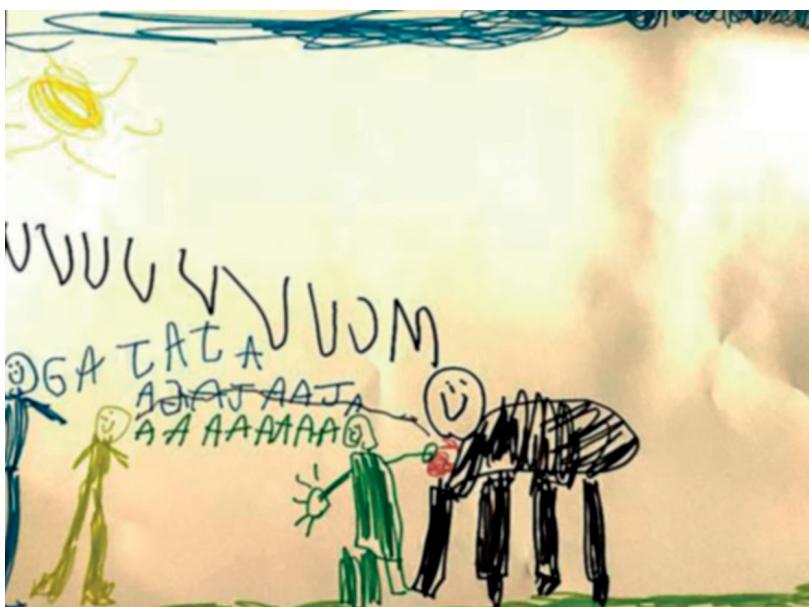


—Buen día, gurises. Medio tarde... pero me faltan dos pa' terminar, así que les quedan pa' ustedes.

Mirábamos con atención cómo salía tremendo chorro de leche y caía en el jarrón de aluminio. Pedro, sentado en un banquito, apretaba las ubres sin esfuerzo.

Cuando completó los doce jarrones se paró y nos dijo: —Vamos a buscar a la Negra- Y así, simplemente con una palmadita en el lomo, la vaca ordeñada se fue a su corral, mientras silbó y llamó a la Negra que empezó a acercarse a nosotros.

—Bué, empezá vos, guri.



Medio con cara de susto, mi amigo se sentó en el banquito y apretó con toda su fuerza dos pezones de la ubre, sin sacar una gota de leche.

La Negra giró su cabeza y lo miró como con cara burlona. Pedro largó carcajada, y yo me sumé, aunque mi experiencia sería peor...

Rojo de furia y vergüenza Julito insistió una y otra, y otra, hasta que miró a Pedro y le dijo:

—¿Parezco un payaso? ¿No me vas a ayudar?

—No te calentés, che, que hay que agarrarle la mano, gurí.

Entonces se acercó y le explicó con paciencia y dulzura. Julito volvió a intentar, una, dos, y a la tercera un gran chorro emanó, y fue tal su alegría que descuidó dónde apuntaba el pezón, y aquel chorro se desvió hacia mí, empapándome de la cabeza a los pies.



—¡La gran peste, Julito!, ¡recórcholis! —le grité, mientras las carcajadas de él y de Pedro... y me pareció de la Negra también, rompieron mi enojo y lo tornaron en risa. Con un jarro de leche tibia y espumosa volvimos a la chacra, donde nos servimos una taza de aquel trofeo, nuestro primer ordeñe.



—Vamos a dar de comer a las gallinas.

—Dale, y llevamos leche para darles.

—Sí, claro.

Cuando terminamos de darles el maíz, empezamos a llenar un bebedero con leche.

Las gallinas se acercaban curiosas. Nos sorprendió que solo alguna probara el contenido alzando su cuello para deslizar el líquido por su garganta.

—Me parece que no les gusta, Julito.

No terminé de decirlo cuando tremendo grito de Bañasco, que corría hacia el gallinero, nos sobresaltó:

—Pero ¿qué diablos están haciendo, cabezas de chorlito? —Y entrando a la jaula tomó el bebedero con leche, y a empujones nos corrió fuera con enojo.

No entendíamos qué habíamos hecho mal, pero estaba claro que habíamos metido la pata.—Miren a las gallinas con atención. ¿Qué ven?

Nos miramos asustados con Julito, pocas veces se enojaba así. Después de unos minutos de contemplar...

—¡Recórcholis! —dijo Julito— hay algunas haciendo caca floja, abuelo...

—¿Y saben por qué?

—Mmm... ¿por la leche que les dimos? —dije yo con voz temblorosa.



—¡Sí! Las gallinas NO pueden tomar leche, les da diarrea y hasta las puede matar. ¿Por qué no me preguntaron antes?

Nos miramos apesadumbrados...

—¿Y estas, se van a curar?...

—Más les vale que sí. Se van a quedar acá sentaditos vigilando hasta que no vean a ninguna más hacer..., y me van a buscar. Cuando yo lo confirme, se van a ir al cuarto a pensar el resto de la tarde.

Un mal día

Era una tarde calurosa de verano. Ya habíamos terminado con las tareas asignadas.

Descansábamos a la sombra de un peral del que también disfrutaban echados detrás del alambrado del chiquero, la pareja de chanchos que con mi amigo apodamos Blanca y Negro, en honor al color de cada uno. Blanca había parido hacia poco una camada de seis simpáticos chanchitos de diferentes colores, combinaciones de blanco y negro.

Todos dormían.

—Julito, ¿te gustaría comer dulce de leche?

—Sabelo.! Claro!



—En la cocina de la quinta ya descubrí dónde mi tío lo esconde, y ahora que están todos de siesta, es un gran momento.

—¿Por qué lo esconde?

—Ahhh, porque es su pasión, le vuela la peluca dice... aunque es pelado, jua jua.

Mi papá nos manda de Montevideo tremendo surtido, y el frasco de dulce de leche es infaltable. Pues él no bien desarma el paquete, agarra el frasco y lo esconde. Me da una bronca...

—Qué mal, che, tremendo angurriento y egoísta, y encima adulto...

—Al desayuno o merienda, nos deja untar pan con dulce pero lo administra, y zás, lo desaparece. Lo vi comerlo a cucharadas... brrr...

—Bueno, entonces, ¿qué esperamos?... ¡a por el dulce, a luchar por la justicia! ¡Ríndete cobarde angurriento!

Corrimos hacia la quinta. Reinaba un gran silencio de siesta. La cocina quedaba separada de la casa, lo que facilitaba nuestra misión. Así que entramos sigilosamente. Me subí a un banquito, y abrí uno de aquellos armarios de la gran alacena. El largo de mi brazo no me



dejaba alcanzar el frasco escondido bien al fondo del estante, aún de puntillas y estirándome como resorte.

—¡Diablos! No llego...

—A ver, bajate y dejame a mí.



Y así fue que Julito, no sin esfuerzo, dio con el frasco de dulce. Me lo dio con cuidado. Bajó, y después de agarrar un par de cucharas, huimos a la sombra del peral.

—Mmm, esto es manjar de reyes..., mientras saboreaba una cuchara repleta de dulce.

—Sí... ¡está deli! Como que no se puede parar de comer...

Y así, como sin darnos demasiada cuenta, casi terminamos el frasco.

—¡Pah!, nos comimos casi todo, y ¿ahora

qué hacemos? —dije medio asustada...

—No da para tanto... Ya sé, ¿y si lo rellenamos con la mermelada de peras que hace mi abuela Irma? La revolvemos con lo que queda de dulce para oscurecerla y listo. Pronto para tu tío glotón... jua jua.

Me quedé pensando... mientras Julito corrió y volvió con el frasco lleno con su invento.

Lo miré, no muy convencida, pero no tenía opciones. Tomé el frasco y fui a devolverlo con cuidado. Seguían durmiendo.

Volví a la sombra del peral, ya estaba refrescando. Nos subimos al árbol como tantas veces, a saborear alguna pera y contemplar a los chanchos.

Por alguna extraña razón, empezamos como jugando a tirar alguna pera al chiquero, cuando de pronto mi amigo hizo blanco en el Negro.

—¡Uy!, sé que es tu favorito, pero fue sin querer... en serio...

Sin pensar lo y con enojo, apunté a la pobre Blanca y acerté. Y cuando quisimos acordar, los pobres chanchos corrían asustados, empujando a sus crías bajo el techo del chiquero



para protegerlas, mientras los chillidos ensordecedores atrajeron a Bañasco que vino a la carrera.



—¿Qué está pasando acá?, ¿dónde están, demonios? ¡Bajen ya! No me expliquen nada. Van a limpiar el chiquero y seguro tendrán que disculparse con los pobres chanchos. Ellos deben de estar muy enojados, tal vez hasta doloridos.

—¿Y si nos muerden, Bañasco?

—No lo van a hacer, los conocen. Pero sí deben estar desconfiados. Vayan, yo los espero acá.

Tomamos un balde cada uno, y con un poco de susto y arrepentimiento entramos e hicimos lo que nos pidió Bañasco.

En lugar de intentar atacarnos, los pobres se quedaron observándonos agazapados, bajo el techo del chiquero apretando a las crías, mientras resoplaban con recelo observando cómo recogíamos y limpiábamos.

—Perdonen, Blanca y Negro. No se va a repetir esto que hicimos, lo juramos.

Terminamos y salimos bajo la mirada perturbadora de Bañasco, que nos dijo: —Espero que no olviden lo que les prometieron.

Yo volví a la quinta, cabizbaja, cuando me acordé de lo que podía esperarme.



—Pero si al fin llegaste, te iba a ir a buscar,
me dijo mi tío. Vení a merendar...

Vaya fue mi sorpresa cuando junto a mi tazón de leche vi rodajas de pan y el frasco de dulce al lado. Mi tío me observaba...

—Comé, servite a gusto nomás.

—No, gracias tío, estoy llena.

—Ah, ¿de verdad?, qué raro... con lo que te gusta...

—Es que comimos peras con Julito...

—Claro..., ¿solo peras?

El calor y rubor en mis mejillas me delata-

ron. No sabía ni pretendía aprender a mentir.

—No, tío, comimos dulce de leche.



—Probalo, porque me parece está diferente... como más oscurito...

—Es que..., es que...

—Es que, ¿qué?

—Comimos mucho y se nos ocurrió llenar con mermelada de peras hecha por Irma

—¡Esto es un reverendo asquete, repugnante!. ¿Por qué no la probás?

—Tenés razón, no estuvimos bien. Hoy es un mal día.

—Está bien, acepto la disculpa. Pero yo también debo disculparme. Me hiciste dar cuenta de mi mal comportamiento al esconder el frasco.

Con asombro lo miré y pensé ... los adultos ¿piden perdón?... ¿y se equivocan?

Agradecimientos

A mi querido mentor que me estimuló y animó a iniciar este mágico viaje de escribir, Rafael Fernández Pi-mienta, y compañeros de Taller

A mis hermanas amigas de ruta por siempre estar y dar para adelante

A mi cuñada amiga y correctora de estilo Lucía Manta

A mi familia, amigas, amigos, y todos quienes creen y apuestan a seguir buscando nuevos caminos a disfrutar

Y un especial gracias, a este coautor de lujo que me hizo disfrutar y divertirme con su parte fundamental en este proyecto, trabajando duro este pequeño gran artista Ciro.

